

Decálogo de la disciplina

Lo más importante que los padres y madres deben enseñar a sus hijos e hijas después del amor, es la disciplina. La palabra disciplina quiere decir simplemente enseñanza. Y por tanto, no tiene nada que ver con el capítulo de «penitencias y castigos». Aquí les presento diez simples reflexiones sobre la disciplina.

BRUNO FERRERO

1. La disciplina nace más de los ojos que de las orejas. No se hace con prédicas. Los padres no pueden olvidar nunca que son modelos y espejos para los reclamos y el comportamiento que piden a sus hijos. Tienen que expresar una autoridad que derive de su credibilidad personal. No quiere decir que tengan que ser perfectos, sino que se estén en tensión permanente hacia el testimonio sapiente de la ley que fundamenta la persona humana.

2. La disciplina surge del amor. Sólo puede pretender mucho quien da mucho. Todo aprendizaje, aún el de los límites y estructuras, empieza por la cercanía, de la que los niños aprenden la confianza, el calor, la intimidad y el vínculo afectivo en las relaciones con quienes los rodean. Los niños buscan la felicidad: aman a quienes se ocupan de ellos y quieren su aprobación y su respeto. Si la disciplina se considera como una enseñanza, y se la transmite con afecto, atención y capacidad de dedicación, los niños se sentirán bien cuando tengan que cumplirla. Saber ser luz de los ojos de otros es una sensación que realiza e infunde el amor.

3. Como todas las formas de enseñanza, la disciplina es una tarea de largo alcance. Los golpes y los castigos son sólo una respuesta a la tentación de encontrar una salida ilusoria. Se trata de construir una estructura, y por eso se exige mucho trabajo de base. Los padres



BSCAM

Descubrir las diferencias entre necesidades y caprichos.

tienen que aprovechar cada oportunidad que tengan para sentarse con sus hijos y decirles: «Cuando te comportes de este modo tendré que reprenderte siempre, hasta que aprendas a ser responsable y a saber actuar bien por ti mismo». Es una verdadera declaración de amor. Es como decir: «Te quiero tanto y por eso, a cualquier precio, impediré que te equivoques».

4. El padre y la madre tienen que trabajar juntos, en equipo. Esto sólo sucederá si se nutren alternativamente de intimidad, afecto y comprensión. Muchos padres no se ocupan de sus hijos porque no se ocupan de sí mismos.

5. La disciplina no es una guerra. No hay vencedores y mucho menos, vencidos. Hay que hacer el mayor esfuerzo posible para que las reglas sean construidas entre todos y sean respetadas por todos. Esto hará que los hijos estén más dispuestos a aceptar lo que han contribuido a elaborar, pero sobre todo descubrirán la idea de fondo de que cada existencia y cada forma de convivencia necesitan una «plataforma» que dé sentido, coherencia y cohesión a todo lo que se quiere poner en común. Es también un modo de ayudarlos a comprender que la libertad no es una falta de límites sino un criterio de orientación que necesita un sistema concreto de normas que ayuden a ubicarse de manera consciente y correcta en el mundo.

6. La buena disciplina es preventiva. Las reglas tienen que estar claramente definidas y acordadas. Los padres tienen que ser claros y precisos, porque la disciplina es fuente de seguridad. Tienen que decidir con anticipación qué conductas quieren que sus hijos cambien, y ser concretos con ellos. No sirve de nada decirle a un niño que tiene que ser ordenado. Hay que explicarle que tiene que recoger sus juguetes antes de salir. Hay que decirles exactamente qué se quiere de ellos y demostrarles cómo se hacen. Tienen que aplaudir sus comportamientos correctos y gratificar a los hijos que se portan bien, para que la disciplina exterior no se transforme en el «placer de la autodisciplina».

7. A medida que crecen, los hijos tienen que ir aprendiendo, comprendiendo y aceptando los límites. Los «no» tiene que animar a la relación y no incitar al aislamiento. Hay que hacer participar a los hijos en la discusión. De hecho, después del «no» de los padres, llega enseñada el «¿por qué?» de los hijos. Y ellos tienen derecho a recibir una respuesta. Hay que tener en cuenta la personalidad y el temperamento de cada hijo: en cierto sentido, los límites tienen que estar hechos «a la medida». Respetar las necesidades y los deseos de los niños es algo esencial.

Los padres y madres tienen que aprender a descubrir las diferencias entre necesidades y caprichos. Desde el punto de vista del niño, los límites pueden significar restricciones y generarle malestar y molestias; pero pueden significar también las puertas que los protegen y ayudan a sentirse seguros. Hay muchas buenas razones para poner límites, además de aquellas obvias, que tienen que ver con el cuidado de su integridad física como, por ejemplo, prohibirles jugar con objetos peligrosos como los toma corrientes de la electricidad, el fuego o los cuchillos.



BSCAM

La disciplina es una tarea de largo alcance.

Las cosas se complican cuando hay que decidir si un hijo puede volver de la escuela solo, si puede salir a la calle con la bicicleta o si puede quedarse a dormir en la casa de la abuela.

8. Los límites ayudan a crear personalidades fuertes. Si los padres satisfacen cada capricho de sus hijos, los niños crecerán débiles y serán cada vez más incapaces de soportar las frustraciones. Los padres que con la mejor intención buscan evitar a sus hijos cualquier sufrimiento, pueden llegar a privarlos de la posibilidad de desarrollar capacidades para saber enfrentar las dificultades.

9. Los límites ayudan a desarrollar las propias capacidades. El niño que quiere llamar la atención, o reclama un determinado juguete o quiere desarrollar una determinada actividad y tiene que esperar o renunciar, aprende también a ser flexible y paciente, a buscar alter-

nativas, a ser creativo, todas cualidades que serán muy útiles para su vida. La frustración estimula al niño a utilizar sus propios recursos, siempre que el «no» sea naturalmente razonable y no le genere desesperación.

10. Las reglas deberían tener siempre consecuencias. Es importante que las consecuencias estén determinadas siempre con coherencia y antes de que la regla sea violada. Si el niño reconoce que la regla es justa, seguramente no se rebelará cuando sus padres la hagan aplicar. Como en todas las cosas de la vida, las reglas no pueden ir contra las necesidades y los deseos de las personas. La disciplina tiene que tener un carácter propositivo y promocional; no puede ir nunca separada de aquel «si quieres» que caracterizó de un modo tan especial la pedagogía de Jesús con sus contemporáneos 